
Omraam Mikhaël Aïvanhov

LOS MISTERIOS DE IESOD

los fundamentos de la vida espiritual



Obras completas – Tomo 7

EDICIONES PROSVETA

I

Iesod refleja las virtudes
de los demás sefirots

Los seres humanos tienen múltiples ocupaciones: estudian, trabajan, construyen, se casan, tienen hijos, un oficio... Pero si les preguntáis: «¿Estáis satisfechos?, ¿sois felices?», os responderán que, a pesar de todo lo que poseen, sienten que les falta algo. Y, ¿qué les falta? Deleitarse. Simplemente eso, deleitarse. Les falta ese elemento sutil, misterioso, que da la felicidad y la plenitud; tanto si coméis, como si paseáis, trabajáis, o hacéis cualquier otra cosa. Sí, cuando poseáis este elemento, hasta las ocupaciones más insignificantes os procuran gozo y plenitud, porque este elemento lo transforma todo.

Para que lo comprendáis mejor os pondré el ejemplo de un muchacho. Estudia, trabaja, pero encuentra que la vida no tiene nada de extraordinario, nada le maravilla, todo le deja indiferente. Pero he ahí que un buen día se enamora de una linda muchacha, y todo cambia: ve el mundo de otra manera, y todo le habla, las flores, los pájaros, el sol, las estrellas. En realidad el mundo no ha cambiado, pero él posee en su interior un nuevo elemento que todo lo embellece, que hace que los objetos y los seres ya no sean los mismos. Y entonces, si algo le hace perder su amor, si esta muchacha le engaña o le abandona, el mundo vuelve a apagarse, y aunque brille el sol, él no lo verá porque, de nuevo, vivirá entre tinieblas. Mientras que antes, aunque lloviera o granizara, vivía en un paraíso; lo

encontraba todo maravilloso, no se daba cuenta de las privaciones ni de las injurias, iba por las calles feliz y lleno de gozo; se sentía poeta, músico, se extasiaba ante todo; poseía ese elemento que todo lo embellece y todo lo armoniza: el amor.

Conocemos estos fenómenos, pero son muy pocos los que se han propuesto descifrarlos para obtener de ellos una verdadera enseñanza. El amor lo embellece todo. Pero, ¿es posible encontrar ese elemento que todo lo transforma sin que se esté enamorado de un hombre o de una mujer (con los que uno siempre corre el riesgo de sufrir una decepción)? Si os doy este ejemplo es para haceros comprender que el amor es capaz de cambiar nuestra manera de ver las cosas, aunque también existen otros elementos capaces de hacerlo. ¡Si creéis que los Iniciados recurren solamente al amor como los poetas, los músicos y los artistas, que se imaginan que necesitan estar enamorados para obtener temas de inspiración haciendo después todo tipo de locuras! No, los Iniciados, que han estudiado esta cuestión, han descubierto que se puede ir aún más lejos, subir más alto para encontrar la inspiración y la plenitud en un elemento estable, eterno, que, una vez alcanzado, ya no podemos perder. Este elemento es una partícula sutil, imponderable; pero que cuando entra dentro del corazón, en el alma humana, hace que todas las cosas adquieran las dimensiones del universo. Para obtenerlo hay que trabajar, rezar, meditar durante mucho tiempo, pero cuando viene a instalarse, todo lo transforma.

Evidentemente, el amor puede ayudar a obtenerlo. Suponed que amáis a una muchacha encantadora; gracias a todo lo que ella os inspira puede ayudaros a encontrar este elemento, pero no lo encontraréis en ella. Y hasta la poesía y la música son, a menudo, incapaces de aportaros este elemento. He conocido a muchos artistas que aún se sentían vacíos. Estaban satisfechos en la medida de sus posibilidades, pero sentían siempre que les faltaba algo. Mientras que aquellos

que han buscado muy arriba, en lo más alto del universo, y que han logrado captar este elemento, consiguen triunfar cualesquiera que sean las condiciones en las que la vida pueda situarles.

Por ello no debéis buscar jamás vuestra verdadera felicidad ni la solución de vuestros problemas en los planos inferiores, porque ni la materia física ni la materia etérica poseen los elementos que el alma y el espíritu necesitan. Debéis buscar muy arriba, pedir y reclamar muy alto, y cuando recibáis este elemento, él será capaz de proveeros de todo y, sobre todo, de proporcionaros el deleite de las cosas. Así pues, además de todo lo que el plano físico puede daros, este elemento os aportará la alegría, la inspiración, la beatitud. Espero que me comprendáis.

La comida y la bebida os dan lo que pueden, pero no más, puesto que si no tenéis salud no podéis gozar de lo que coméis y bebéis. La salud es, pues, necesaria para añadir un elemento a todo lo que coméis y bebéis. Un simple resfriado basta para haceros perder casi el gusto y el olfato. La comida es lo que es; las piscinas, los coches, el dinero, son lo que son, pero hace falta otro elemento para poder sentirlos y gozarlos... Este elemento que se llama salud cambia, pues, muchas cosas. Y de la misma forma, si no poseéis amor ni inteligencia, el alimento y las posesiones no os darán nada más que una simple satisfacción material.

Estudiemos ahora el amor. Cuando amáis a alguien, ese ser es, para vosotros, un genio, un ser excepcional, un ángel; pero cuando ya no lo amáis, se convierte de golpe en un demonio. Dentro de vosotros, ha desaparecido un elemento. ¿Veis?, ¡un elemento! Y luego pretenden algunos ser químicos, cuando ni siquiera saben que existe otra química, la química espiritual, que explica todos los fenómenos que se producen en el interior del hombre: la salud, las inspiraciones, las sensaciones

maravillosas. Los químicos explican todos los fenómenos y las manifestaciones mediante elementos materiales. No, se deben explicar mediante la química espiritual que es la base de todo, y sólo después se puede estudiar la otra química. Pero aún no se conoce la química espiritual: no se sabe cómo se producen fenómenos extraordinarios, curaciones milagrosas que la química oficial no puede explicar. Sí, cuando interviene otro elemento llamado fe, y el enfermo ha sanado. Esta química es, pues, más importante.¹

Os lo he dicho; la salud, el amor y la luz, producen grandes transformaciones, y su ausencia produce también otras tantas transformaciones. Pero, por encima de la salud, del amor y de la luz, se encuentra todavía otro elemento del cual depende todo lo demás, y este elemento, que es todopoderoso, es una partícula de Dios mismo. ¿Cómo obtenerlo? Mediante el sacrificio, la abnegación.

A menudo os he dicho: «Le dais un baño al niño, pero os quedáis con el agua sucia y tiráis al niño.» Evidentemente es simbólico; el niño representa el elemento divino, vivo, y el agua, en este caso, es todo lo que está estancado, sucio y polucionado. Y he aquí que todos tiran al niño y se quedan con el agua sucia. Sí, tiran al niño, puesto que no se ocupan de obtener el elemento divino. La gente tiene ganas de poseer todo tipo de cosas, lo cual está bien, pero, ¿no es mejor trabajar para obtener este elemento que nos dará el gozo de poseerlas? Nos encontramos con personas muy ricas que poseen de todo, pero que permanecen tristes y hastiadas puesto que tienen el gusto embotado. ¡Se imaginan que todo reside en poseer!... No; todo depende de la sensación. Tenéis tesoros, pero si estáis muertos, ¿podéis acaso disfrutarlos?... ¡Hay que estar vivo para disfrutarlos! Pero la gente sólo se ocupa de aquello que está muerto, cuantas más cosas muertas posee, menos trabaja sobre el lado vivo y menos goza.

Queréis muchas amantes, muchas queridas, mucho dine-

ro, muchos coches; pues bien, ocupaos, en primer lugar, de aquello que en vosotros es capaz de sentir y de gozar. No hacéis nada en este sentido, porque todo vuestro tiempo lo gastáis buscando qué otra cosa podéis poseer aún. Pero cuando comprendáis esta verdad, disminuiréis la cantidad de vuestras posesiones y aumentaréis la calidad de vuestras sensaciones; con poco que poseáis, viviréis en continuo éxtasis. Cuando un muchacho está enamorado, si la chica que le quiere le ha enviado un pétalo de rosa o un mechón de sus cabellos, vive a causa de este pétalo de rosa o de este mechón de cabellos en un océano de efluvios celestiales. No tiene dinero en el banco, ni fábricas, ni coches, pero vive sumido en un éxtasis, porque su amada ha querido darle algo; toma el pétalo, lo respira, por la noche lo pone bajo su almohada, y hasta escribe poemas sobre este pequeño pétalo de rosa; lo hace crecer dentro de su corazón, le da un valor y una importancia extraordinarios, y es como si se sintiera dueño del mundo entero. Se trata de un hecho psicológico y nunca debemos pasar por alto los hechos psicológicos, porque son fuente de enseñanza.

Y esto es lo que debe hacer el discípulo: debe amplificar y embellecer el más mínimo gozo espiritual; en vez de lanzarse únicamente en pos de las posesiones físicas y materiales, tiene que cultivar dentro de sí esta facultad de sensación sutil, y podrá pasarse siglos contemplando las estrellas, las rosas, los rostros... ¡Existen tantas cosas, incluso en la Tierra, capaces de sumir al hombre en el éxtasis! Pero el lado sutil permanece embotado, ya no vive, no vibra, no aporta nada al hombre. Los seres están muertos, son como piedras, no vibran, no irradian, no saben gozar. Gozan sólo revolcándose en los placeres más groseros. Entonces sí, eso les dice algo. Pero la belleza, la sutilidad, la armonía, la música, la poesía, la pureza, todo lo que es místico y divino... no les interesa. Por eso sólo tienen desilusiones y sufrimientos.

Por todas partes oís que os dicen: «Tomen esto, aquello, y sentirán la alegría de vivir.» ¡No hay más que ver los periódicos y la publicidad! Todo está dispuesto para conducir a los humanos hacia unos placeres o un confort que nunca podrán darles aquello que necesitan. Mientras que aquí se os dice: «Subid, subid muy arriba a través de la oración y la meditación, y recibiréis el elemento sutil que os dará el gusto de las cosas.» Este elemento es un átomo imperceptible pero, en cuanto lo poseéis, hace que todo vibre en vosotros. ¡Y la vida se vuelve tan bella, tan rica! No hay palabras para expresarlo. Pero sin este elemento, aunque acumuléis todo lo que es posible acumular, os sentiréis siempre descontentos, decepcionados y vacíos.

Y si me decís: «Quiero encontrar al Maestro más grande para que me instruya», os responderé: os habéis planteado mal la cuestión. Porque podéis encontrarle, pero si no habéis trabajado ya sobre el otro elemento, es decir, sobre cómo comprenderle y amarle, ¿cómo apreciar lo que os enseña? Aunque encontrarais al Maestro más grande de la tierra, discutiríais con él, lo criticaríais, y seguiríais siendo tan ignorantes como antes.² Y no digáis tampoco: «¡Ah! ¡Si pudiese encontrar la chica más bonita para casarme con ella!... ¡Si pudiese descubrir el tesoro de los templarios!...» Porque si carecéis de este elemento del que os hablo, la chica más bonita y el tesoro de los templarios sólo servirán para atraeros desgracias.

Así es como hay que pensar, mis queridos hermanos y hermanas; pero no os dais cuenta del valor de lo que os explico, porque no estáis acostumbrados a enfocar las cosas de esta manera. Merece la pena trabajar, incluso durante miles de años si es preciso, para obtener este elemento, pues sólo entonces todo os hablará, todo os alegrará. Mientras que ahora andáis entre tesoros y riqueza, os encontráis con gentes llenas de cualidades y virtudes, veis las estrellas y el sol, pero permanecéis insensibles, tristes y desgraciados. No habéis, pues,

sentido nada, visto nada, comprendido nada, no os alegráis, y todo este esplendor es desperdiciado ¡Así son los humanos! Y todo el mundo lo encuentra normal. Pero yo os digo que, aunque os encontréis con arcángeles y divinidades venidos del cielo, de nada os servirá, ni tendrá en vosotros efecto alguno mientras no hayáis trabajado sobre este elemento que sabe conocer y apreciar el valor de las cosas. Por todas partes seréis desgraciados y ni siquiera en el Paraíso veréis el esplendor del Reino de Dios.

Cuando os digo a veces que podéis poseer el Cielo y la tierra, no me creéis. Y sin embargo, es verdad, el mundo entero puede perteneceros. Y, ¿cómo? Os pertenecerá interiormente. ¿Por qué habría de perteneceros exteriormente? ¿Qué haríais con todos esos bosques y todas esas montañas?... Todavía no me habéis comprendido cuando os decía: «El cielo y la tierra serán míos...» Y os digo, incluso, que también os pertenecerán a vosotros... ¿Cómo pueden pertenecer las cosas a varias personas a la vez? En el mundo físico, lo que pertenece a uno no puede pertenecer a otros, pero ello es posible en el mundo divino. Os daré un ejemplo: un hombre muy rico posee un parque suntuoso con las flores más bellas y los árboles más hermosos, pero está tan absorbido por sus negocios que no tiene tiempo de pasear por su parque, no lo ve, ni lo aprovecha. Pero he aquí que un poeta viene todos los días a este parque; escucha el canto de los pájaros, contempla las flores y los surtidores, respira el perfume de las rosas y escribe poemas... Entonces, ¿a quién pertenece este parque? Al poeta. ¿Y el otro, el propietario? ¡Paga los impuestos! ¿Y la tierra? Es propiedad de muchos países, pero me pertenece a mí. ¿Por qué no? Y a vosotros también. Se trata, simplemente de una cuestión de puntos de vista.

Hoy os doy el secreto para obtener todo lo que deseáis: debéis buscar este punto que se halla en lo más alto, en la cús-

pide, aunque sólo sea una partícula... La tomáis, la absorbéis y os sentís los dueños del mundo. Sí, esa es la sensación. Si queréis llegar a una mejor comprensión, a alcanzar las sensaciones más vastas y sutiles, debéis trabajar ese otro elemento, el gusto, pero no podéis saborear nunca estas sensaciones si pensáis que lo que poseéis y obtenéis en el plano físico puede ser la solución definitiva.

El gusto es, a menudo, inversamente proporcional a la cantidad. Os daréis cuenta de que, cuanto más aumenta el lado material, físico, más disminuye el gusto. Observad a los enamorados. Al principio, cuando no hacen más que intercambiar miradas y sonrisas o escribirse cartas, se sienten propulsados hacia el cielo; pero cuando empiezan a ir mucho más lejos, ya no poseen la misma alegría ni las mismas inspiraciones. Por lo tanto, también en ese campo es verídico lo que os decía: si aumentáis un lado, el otro disminuye. No debéis olvidar nunca esto, y así siempre que aumentéis algo preguntaros qué otra cosa va a disminuir. Sí, uno corre en pos de las riquezas, y por otro lado su salud se va desmoronando, y al final caerá enfermo.

Tomad lo que hoy os digo, conservadlo durante toda vuestra vida y seréis dichosos. Caminad solamente en esta dirección, hasta la cima, y todo se tornará bello. Hasta la mujer dirá a su marido: «¡Querido, qué guapo eres! Nunca te había visto tan guapo.» Antes, claro, no había visto nada. Con esta filosofía, se transforma todo; pero si buscáis otra cosa, continuaréis durante mucho tiempo sufriendo y llorando, creedme. Evidentemente, no conseguiréis obtener este elemento enseguida, pero, en cuanto tendáis hacia él, todo comenzará a mejorar de tal forma que vosotros mismos os quedaréis asombrados, y veréis que estáis rodeados de ángeles, de divinidades. Pero hay que caminar siempre en la misma dirección, hacia el vértice de la pirámide.

Algunos dirán: «Pero, ¿cómo se llama este elemento del que nos habla?» En realidad, no tiene nombre; está compuesto de una materia extremadamente sutil, y se encuentra muy arriba, en la séfira *Kether*.³ Es allí donde hay que ir a buscarlo. Aquellos que poseen este elemento son capaces de realizar prodigios, de transformar sus cuerpos físicos hasta el punto de hacerlos resplandecer y proyectar partículas de luz. Cuando este elemento llega a transformar a todos los demás cuerpos y hacerlos vibrar en armonía, puede producirse la transfiguración. Jesús dio una prueba de ello delante de tres de sus discípulos, pero los discípulos no comprendieron lo que había sucedido. Estaban subyugados, deslumbrados, en éxtasis, pero no comprendieron que Jesús había podido transfigurarse gracias a este elemento.⁴

Este elemento es imponderable, pero, como os he dicho, está hecho de materia. Muy pocos Iniciados y grandes Maestros han podido llegar hasta la séfira *Kether* para recibirlo, porque *Kether* es un mundo incognoscible, un mundo más allá de todas las dimensiones, en donde mora el Padre Celestial, el Creador de todos los mundos. Muy pocos Iniciados, pues, han llegado hasta él, y aquellos que lo consiguieron desaparecieron pulverizados, porque las vibraciones de *Kether* son tan intensas que nadie es capaz de resistirlas. Sólo algunos regresaron, aquellos que por una gracia especial del Cielo pudieron absorber otro elemento que tiene la propiedad de proteger el cuerpo físico.

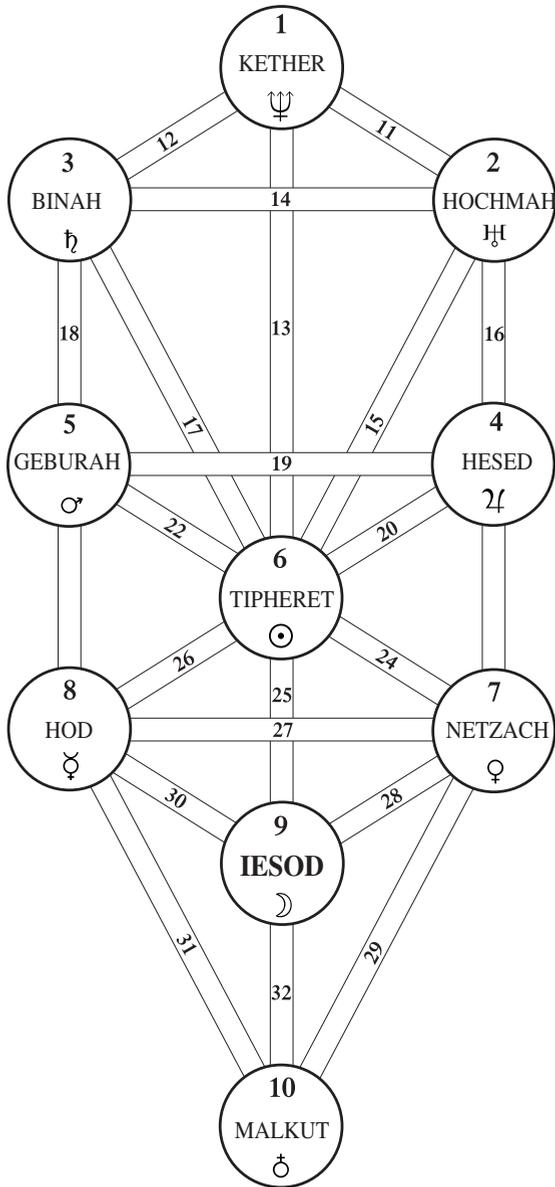
Habéis leído el *Apocalipsis*: El relato que nos ha dejado san Juan sobre sus visiones revela que él también llegó hasta *Kether*. Y este libro refiere que el Ángel le dio de comer, diciendo: «Llenará tus entrañas de amargura, pero en tu boca tendrá el dulzor de la miel», es precisamente el símbolo de este elemento capaz de preservar al cuerpo físico, y que es dado por la séfira *Binah*. El profeta Ezequiel dice también en un libro que un Ángel le dio de comer. Este elemento está

también simbolizado por el carbón ardiente que el Serafín puso en los labios de Isaías.

La química espiritual es la ciencia de todos los elementos con los que Dios creó el mundo. Estos elementos son veintidós, y el primero, Alef, tiene el poder de transformar, de sublimar, de iluminar, mientras que el último, Tav, conserva y protege de la destrucción. Cuando Jesús decía: «Yo soy el Alfa y el Omega», quería decir: «Poseo estos dos elementos de la química celestial: el uno me da la posibilidad de sublimarlo todo, y el otro me permite realizar el Cielo en la tierra.» Esto es lo que significan Alfa y Omega, Alef y Tav.

Es muy difícil obtener el elemento que viene de *Kether*, a pesar de que *Kether* sea la séfira más generosa, la más clemente y la más misericordiosa. Y, ¿por qué no llegamos a recibir lo que nos envía?... Acabo de deciros que para recibir este elemento es preciso subir, elevarse, pero en realidad, también podemos recibirlo sin necesidad de movernos, porque es él el que viene hasta nosotros. Si no lo recibimos es porque estamos parapetados, rodeados de capas opacas que le impiden entrar, y la única séfira que puede ayudarnos, que puede verdaderamente abrir nuestras puertas y nuestras ventanas para permitirnos recibir este elemento, es la séfira *Iesod*. No vale la pena, pues, hacer tantos esfuerzos (a menudo infructuosos) para subir; basta con limpiarse, con lavarse, con purificarse, y entonces, a través de esta transparencia y de esta pureza, se reciben todos los elementos divinos. Cuando hablaba de «subir» utilizaba una imagen para hacerme entender, pero en realidad, no tenéis porqué subir ni descender, podéis permanecer en vuestro sitio y simplemente abrir el camino entre *Malkut* y *Iesod*.

Pero entre *Malkut*, donde vivimos, y *Iesod* que es la primera estación en el Árbol de la Vida, el camino está obstruido y lleno de tinieblas, pues ahí se encuentran todas las ilusiones



Árbol de la Vida

y las locuras. Sin embargo este camino, precisamente, es el que debe recorrer el discípulo para llegar a la región de *Iesod*.⁵ *Malkut* es la región en la que vivimos, la Tierra, y la siguiente a la que el discípulo debe llegar, es *Iesod*, la región de la Luna. El sendero de *Malkut* a *Iesod*, es espantoso y está plagado de peligros; no obstante, si el discípulo está bien armado con los consejos, las instrucciones y la luz de su Maestro, llegará a buen puerto. Evidentemente perderá algunas plumas, sufrirá, será tentado y se extraviará, pero si tiene el deseo y la voluntad inflexible de llegar, llegará.

Tal y como os he explicado, la séfira *Iesod*, como todos los sefirots, está dividida en cuatro partes. Es una región brumosa, crepuscular, infernal. Pero el discípulo, cuando va bien guiado, llega hasta las regiones más iluminadas, más transparentes y más puras de *Iesod*. Entonces es puro, es clarividente, se siente libre. Y como *Iesod* es el receptáculo de todos los demás sefirots que proyectan sobre ella sus luces, sus riquezas y sus poderes, queda inundada de las cualidades de todos los demás sefirots. Porque los demás sefirots no permanecen inmóviles, sino que son como torrentes impetuosos que fluyen, que proyectan sus energías, y estas energías se precipitan sobre *Iesod*. Y si un ser llega a beber de las aguas puras de *Iesod*, encontrará en ellas las virtudes de todos los demás sefirots. Por eso os digo que no es necesario que subáis para recibir estas virtudes, puesto que están ahí; tan sólo tenéis que abriros, purificaros, para que no permanezcan dando vueltas a vuestro alrededor sin poder entrar e instalarse en vosotros.

Cuando los cristales están sucios, aunque el sol brille no se puede ver nada. Y antaño, cuando la gente se servía de lámparas de petróleo, si el ama de la casa no limpiaba el cristal todos los días, la lámpara no alumbraba, aunque estuviera encendida. Lo mismo sucede con el hombre: si no se purifica, no ve ni siente nada. Pero si se purifica, los rayos que vienen del cosmos cargados de riquezas y de bellezas penetran en él,

porque se ha vuelto accesible y receptivo. Podemos, pues, recibir todas las virtudes del cielo; en vez de ir a buscarlas, son ellas las que vienen a visitarnos. Evidentemente, podemos decir que hacemos esfuerzos, que nos elevamos, pero en realidad seguimos en el mismo sitio, pero trabajamos para dejar que nos penetren las cualidades y las virtudes.

Se dice en los Evangelios: «*Bienaventurados los puros de corazón porque ellos verán a Dios.*» Dios significa aquí la plenitud de todos los sefirots, es decir, la ciencia, la comprensión, y la penetración de *Hod*; los perfumes, los colores, la belleza y los encantos celestiales de *Netzach*; la luz y el esplendor de *Tipheret*; el poder de *Geburah*, la victoria sobre todas las dificultades, sobre todos los enemigos internos y externos; la protección, la justicia, la bondad y la generosidad de *Hesed*; la estabilidad y la tenacidad de *Binah*, el conocimiento del Karma y del destino; la sabiduría eterna y la armonía indecible de *Hochmah*; la omnipotencia de *Kether*. Y *Iesod*, la base, recibe las virtudes de todos los demás sefirots; es una condensación, una síntesis de todas las virtudes de los demás sefirots. *Iesod* es la base porque la pureza es el fundamento de todo.

Sí, *Iesod* es, sencillamente, la vida en la pureza. Si pudiésemos comprender que tenemos que poseer la pureza ¡Es la base de nuestra existencia, antes que las ciencias, que las riquezas, antes que los poderes!... Pero los contemporáneos muy sabios, muy inteligentes, muy eruditos, han dejado de lado esta cuestión de la pureza. La vida pura, dicen, ¿para qué puede servir? Tienen otras preocupaciones, que van aumentando a causa de su vida impura. Pierden todo lo que habían ganado, puesto que la base no era segura. Sí, la base, mis queridos hermanos y hermanas... Por eso, cuando se ha comprendido y se trabaja para obtener esta pureza, por mediación de *Iesod*, todas las cualidades y las virtudes de los demás sefirots se concretan y se materializan en *Malkut*, el plano físico. Hay santos que no habían leído ningún libro, que nunca habían

estudiado, tan sólo trabajaban sobre la pureza, y he ahí que todas las demás cualidades comenzaban a manifestarse en ellos: el saber, la clarividencia, el poder de curar... Porque ya no tenían capas opacas ni obstáculos y todas las cualidades podían penetrar en ellos. Por eso, la pureza aporta la salud, el poder, e incluso la alegría.

Podéis olvidar todo lo demás... pero acordaos solamente de que la pureza es la base de todas las demás adquisiciones. Ésta es la quintaesencia de la ciencia de todos los fundadores de religión: una vida de pureza.

¡Que la luz y la paz estén con vosotros!

Sevres, 16 de Enero de 1972

Notas

1. *El amor más grande que la fe*, Col. Izvor nº 239, cap. IV: «Tu fe te ha salvado».
2. *¿Qué es un Maestro espiritual?*, Col. Izvor nº 207, cap. VIII: «El discípulo ante el Maestro», y *La verdad, fruto de la sabiduría y del amor*, Col. Izvor nº 234, cap. IV: «El amor del discípulo, la sabiduría del Maestro».
3. *Del hombre a Dios*, Col. Izvor nº 236, cap. II: «Presentación del Árbol sefirótico».
4. *«Y me mostró un río de agua de la vida»*, Parte II, cap. 4: «La construcción del cuerpo de gloria».
5. *«Y me mostró un río de agua de la vida»*, Parte X, cap. 1: «La puerta del mundo psíquico: Iesod».